

EL VIGILANTE
NOCTURNO
Louise Erdrich



1953, Dakota del Norte. Thomas Wazhashk es el vigilante nocturno de la primera fábrica inaugurada cerca de la reserva india de Turtle Mountain. También es un prominente miembro del Consejo Chippewa, desconcertado por un nuevo proyecto de ley que pronto se presentará ante el Congreso. El Gobierno de los Estados Unidos califica la medida como «una emancipación», pero más bien parece restringir aún más la libertad y los derechos de los nativos americanos sobre su tierra, sobre la base de su identidad. Thomas, indignado por esa nueva traición a su pueblo y aunque tenga que enfrentarse a todo Washington D. C., hará lo imposible por combatirla. Por otro lado, y a diferencia de la mayoría de las chicas de la comunidad, Pixie Paranteau no piensa cargar de ninguna manera con un marido y montones de hijos. Bastante tiene ya con su trabajo en la fábrica, ganando apenas lo suficiente para mantener a su madre y a su hermano, por no hablar de su padre, quien solo aparece cuando necesita dinero para seguir bebiendo. Además, Pixie necesita ahorrar cada centavo para llegar a Minnesota y encontrar a Vera, su hermana perdida. Basada en la extraordinaria vida de su abuelo, Louise Erdrich nos entrega en *El vigilante nocturno* una de sus mejores novelas, una historia de generaciones pasadas y futuras, de preservación y progreso, en la que colisionan los peores y los mejores impulsos de la naturaleza humana, iluminando así las vidas y sueños de todos sus personajes.

*A Aunishenaubay, Patrick Gourneau;
a su hija Rita, mi madre;
y a todos los jefes indios americanos
que lucharon contra la terminación.*

El 1 de agosto de 1953 el Congreso de los Estados Unidos anunció la *Resolución Concurrente 108* de la Cámara, una ley para derogar los tratados entre naciones que se habían firmado con las naciones indias de Norteamérica con un tiempo de duración descrito como «mientras crezca la hierba y fluyan los ríos». La declaración pronosticaba la futura desaparición de todas las tribus y el fin inmediato de cinco tribus, incluido el grupo de Turtle Mountain de los indios chippewas.

Patrick Gourneau, mi abuelo, luchó contra la «terminación», como presidente de la tribu, mientras trabajaba de vigilante nocturno. Apenas dormía, al igual que mi personaje Thomas Wazhashk. Este libro es una novela de ficción. Aun así, he intentado mantenerme fiel a la extraordinaria vida de mi abuelo. Cualquier error es mío. Además de Thomas y de la fábrica de cojinetes de piedras preciosas de Turtle Mountain, el único otro protagonista que se parece a un personaje real, ya sea vivo o muerto, es el senador Arthur V. Watkins, el incansable partidario del expolio de los amerindios y el hombre que interrogó a mi abuelo.

El personaje de Pixie, o —con perdón— Patrice, es totalmente ficticio.

SEPTIEMBRE DE 1953

LA FÁBRICA DE COJINETES DE PIEDRAS PRECIOSAS DE TURTLE MOUNTAIN

Thomas Wazhashk se sacó el termo de debajo de la axila y lo depositó en el escritorio de acero al lado de su ajado maletín. Colgó la chaqueta de trabajo en la silla y dejó la fiambarrera con el almuerzo en el frío alfeizar. Cuando se quitó la acolchada gorra con visera, una manzana silvestre cayó de una orejera: un regalo de su hija Fee. Atrapó la manzana y la puso encima del escritorio para contemplarla. Después, picó la tarjeta horaria. Medianoche. Cogió el llavero y la linterna de la empresa y recorrió el perímetro de la planta baja.

En este siempre tranquilo espacio, las mujeres de Turtle Mountain se pasaban el día inclinadas sobre la fuerte luz de las lámparas de trabajo. Las mujeres pegaban tiras extremadamente delgadas de rubí, zafiro o de una gema de menor valor, como el granate, en unos husillos verticales, listas para taladrar. Los cojinetes de piedras preciosas iban destinados a la sección de artillería del Departamento de Defensa y a los relojes Bulova. Era la primera vez que había empleos industriales cerca de la reserva, y las mujeres cubrían la mayoría de los codiciados puestos de trabajo. Habían logrado una puntuación mucho más elevada en las pruebas de destreza manual.

El Gobierno atribuía esa capacidad de concentración a la sangre india y a la larga formación en artesanía con abalorios de los indios. Thomas opinaba que se debía a sus ojos de águila: las mujeres de su tribu podían taladrarte con una sola mirada. Tuvo suerte de conseguir el empleo para él. Era un hombre listo y honrado, pero ya no era joven ni delgado. Consiguió el puesto porque era de fiar y se dejó

la piel en hacerlo todo lo más perfectamente posible. Llevaba a cabo sus rondas con absoluta minuciosidad.

Mientras iba avanzando en su ronda, comprobaba la sala de perforación, revisaba todas las cerraduras, y encendía y apagaba las luces. En un momento dado, para mantener la sangre activa, se marcaba un pequeño bailecito antes de emprender una giga del río Rojo. Una vez reanimado, franqueaba las puertas blindadas de la sala de lavado con ácido, con sus hileras de vasos numerados, medidores de presión, mangueras, lavabos y módulos de lavado. Comprobaba las oficinas, los aseos de azulejos verdes y blancos y terminaba de regreso en el taller. La mesa de su escritorio estaba iluminada con un haz que provenía de una lámpara defectuosa que había rescatado y arreglado para su uso personal a fin de poder leer, escribir, meditar y, de vez en cuando, espabilarse con un par de bofetadas.

Thomas se apellidaba Wazhashk por la rata almizclera: *wazhashk*, el roedor humilde, trabajador y amante del agua. En la reserva, salpicada de ciénagas, había ratas almizcleras por todas partes. Sus pequeñas y ágiles siluetas se deslizaban en el agua al anochecer con gran afán, perfeccionando una y otra vez sus madrigueras y comiendo (había que ver cómo les encantaba comer) casi todo lo que crecía o se movía en la ciénaga. Aunque las *wazhashkag* eran numerosas y corrientes, también eran cruciales. Al principio, después del diluvio universal, fue una rata almizclera la que ayudó a formar de nuevo la Tierra.

En ese sentido, el apellido de Thomas resultó ser de lo más adecuado.

PAN CON MANTECA

Pixie Paranteau untó un poco de cemento en el espacio limpio de la piedra preciosa y la fijó en el trozo para perforar. Extrajo la gema preparada y la colocó en la diminuta ranura de la tarjeta de perforación. Ejecutaba las tareas a la perfección cuando estaba furiosa. Aguzó la vista, se concentró y empezó a respirar más despacio. Se le había quedado el apodo de Pixie^[1] desde la infancia por sus ojos rasgados. Desde que se graduara en el instituto, intentaba que los demás se acostumbraran a llamarla Patrice. No Patsy, ni Patty, ni Pat. A pesar de ello, incluso su mejor amiga se negaba a llamarla Patrice. Y su mejor amiga estaba sentada justo a su lado, colocando también piedras preciosas en bruto en interminables hileras. No conseguía hacerlo tan deprisa como Patrice, pero era la segunda más rápida de todas las chicas y mujeres. El silencio reinaba en la enorme sala, solo se oía el zumbido de los neones. El corazón de Patrice comenzó a latir más despacio. No, no era un *pixie*, aunque fuera de constitución delgada, y la gente se refería a ella como *wawiyazhinaagozi*, lo que se traducía de manera espantosa como que era una «monada». Patrice no era una monada. Patrice tenía un empleo. Patrice estaba por encima de gamberradas del tipo de cuando Bucky Duvalle y sus amigos la llevaron por ahí y contaron a la gente que se había mostrado muy dispuesta a hacer algo que no hizo. Ni haría jamás. Y fíjate en Bucky ahora. Tampoco era culpa suya lo que le había pasado en la cara a Bucky. Patrice no hacía ese tipo de cosas. Patrice también estaba por encima de encontrar la mancha de bilis marrón de la borrachera de su padre en la blusa que ella había dejado secando en la cocina. El hombre estaba en casa, gruñendo, escupiendo, insistiendo, sollozando y amenazando a Pokey, su hermano

pequeño, y mendigándole a Pixie un dólar; no, veinticinco centavos; no, diez centavos. ¿Ni siquiera unos míseros diez centavos? Intentaba chasquear los dedos, pero no conseguía juntarlos. No, no era esa Pixie que había escondido el cuchillo y había ayudado a su madre a arrastrar al padre hasta el cobertizo para que durmiera la mona en un catre hasta que echara todo el veneno de su cuerpo.

Aquella mañana, Patrice se puso una camisa vieja, salió a la carretera principal y, por primera vez, consiguió que la llevaran en coche Doris Lauder y Valentine Blue. Su mejor amiga tenía el nombre más poético del mundo y se negaba a llamarla Patrice. En el coche, Valentine se había sentado delante.

—Pixie —dijo—, ¿qué tal se va ahí atrás? Espero que estés cómoda.

—Patrice —respondió Patrice.

¡Valentine! Charlaba alegremente con Doris Lauder sobre la mejor manera de cocinar una tarta con coco por encima. ¿Acaso había alguna parcela con cocoteros en alguna parte en mil kilómetros a la redonda? Valentine. Llevaba una falda de vuelo de un tono entre dorado, anaranjado y tostado. Guapa como una puesta de sol. No se dio siquiera la vuelta. Dobló los dedos enfundados en unos guantes nuevos con el objeto de que Patrice pudiera verlos y admirarlos desde el asiento trasero. Intercambió con Doris consejos sobre cómo limpiar una mancha de vino tinto de una servilleta. ¡Como si Valentine hubiera tenido alguna vez una servilleta! ¡Y como si tomara vino tinto, salvo al aire libre en el monte! Y ahora trataba a Patrice como si no la conociera siquiera, porque Doris Lauder era una chica blanca nueva en la fábrica, una secretaria, y utilizaba el coche de su familia para ir a trabajar. Y Doris se había ofrecido a recoger a Valentine, y esta le había respondido: «Mi amiga Pixie también va y nos pilla de camino; si pudieras...».

Y la había incluido, lo cual era lo que debía hacer cualquier mejor amiga que se precie, pero luego la había igno-

rado y se negaba a llamarla por su verdadero nombre, su nombre de confirmación, el nombre con el que ella... —Quizá resultaba embarazoso decirlo, aunque lo pensara—, el nombre con el que mejoraría su posición social.

El señor Walter Vold recorrió la fila de mujeres con las manos a la espalda, examinando su trabajo al acecho de cualquier fallo. Aunque no era mayor, tenía las piernas delgadas y frágiles. Las rodillas crujían a cada paso. Hoy sonaba un frufrú desigual. Seguramente procedía de sus pantalones negros, de un tejido áspero y brillante. También se oía el chirrido de la suela de los zapatos al caminar. Se detuvo detrás de ella. Sujetaba una lupa en la mano. Se inclinó por encima de su hombro, con su sudorosa mandíbula con forma de caja de zapatos, exhalando un aliento a café rancio. Ella siguió trabajando sin que le temblaran los dedos.

—Excelente trabajo, Patrice.

¿Lo ven? ¡Ja!

Continuó avanzando. Cris cris. Chirridos. Pero Patrice no volvió la cabeza para guiñarle un ojo a Valentine. Patrice no se regodeó. Notó que le bajaba la regla, pero había añadido un paño limpio en su ropa interior. Incluso eso. Sí, incluso eso.

A las doce, las mujeres y los pocos hombres que también trabajaban en la fábrica se dirigieron a una pequeña sala donde se suponía que iba a haber una cafetería. Incluía una cocina completa, pero no se había contratado a ningún cocinero para preparar almuerzos, por lo que las mujeres se sentaron para tomarse la comida que habían traído de casa. Algunas llevaban fiambreras; otras, botes de manteca. Algunas personas traían tan solo platos cubiertos con un paño. Pero, por regla general, eran platos para compartir. Patrice tenía un bote de sirope amarillo, arañado hasta el metal, repleto de masa cruda. Así es. Lo había cogido al salir de casa en un considerable estado de nervios provoca-

do por los desvaríos de su padre, lo que la llevó a salir corriendo por la puerta, olvidándose de que tenía pensado cocer la masa en la sartén de su madre para hacer unos panecillos *gullet*^[2] antes de desayunar. Y ni siquiera desayunó. Durante las últimas dos horas, se había estado esforzando por meter la barriga, procurando acallar el rugido de sus tripas. Valentine lo advirtió, por supuesto. Ella, cómo no, estaba hablando con Doris. Patrice comió una pizca de masa cruda. No sabía mal. Valentine miró dentro del bote de Patrice, vio la masa y se echó a reír.

—Se me olvidó cocerla —explicó Patrice.

Valentine la miró con compasión, pero otra empleada, una mujer casada llamada Saint Anne, soltó una carcajada al oír las palabras de Patrice. Se corrió la voz de que había masa cruda en el bote de Patrice, de que se había olvidado de cocerla, hornearla o freírla. Patrice y Valentine eran las obreras más jóvenes de la fábrica, contratadas nada más salir del instituto. Con diecinueve años. Saint Anne deslizó un panecillo untado con mantequilla sobre la mesa hacia Patrice. Alguien le ofreció una galleta de avena a continuación. Doris le dio la mitad de un sándwich de beicon. Patrice había gastado una broma y se disponía a reír y a hacer otra chanza.

—Tú nunca has comido más que pan con manteca —dijo Valentine.

Patrice cerró la boca. Nadie dijo nada. Lo que Valentine intentaba decir era que aquello era comida para pobres. Pero todo el mundo comía pan con manteca y sal y pimienta.

—Suena rico. ¿Alguien tiene? —dijo Doris—. ¿Me podría dar un trozo?

—Toma —respondió Curly^[3] Jay, que debía su nombre al pelo que tenía de niña. Se le quedó el nombre, aunque ahora tenía el cabello completamente liso.

Todos miraron a Doris mientras probaba el pan con manteca.

—No está nada mal —declaró.

Patrice miró a Valentine con compasión. ¿O lo hizo Pixie? En todo caso, la hora del almuerzo había terminado, y sus tripas dejarían de sonar durante toda la tarde. Dio las gracias en voz alta a toda la mesa y se dirigió al aseo. Había dos cabinas. Valentine era la única otra mujer en los aseos. Patrice reconoció los zapatos marrones con las rozaduras pintadas. Ambas tenían el periodo.

—No —suspiró Valentine por la rendija—. Buf, qué mal.

Patrice abrió el bolso, le dio vueltas al asunto y, después, tendió a Valentine una de sus compresas dobladas por debajo de la mampara de madera. Estaba limpia, blanqueada con lejía. Valentine la cogió de su mano.

—Gracias.

—Gracias ¿quién?

Silencio.

—Muchas malditas gracias, Patrice. —Y soltó una risotada—. Me has salvado el culo.

—Te he salvado tu culo plano.

Otra carcajada.

—El tuyo es más plano todavía.

Agachada sobre el váter, Patrice se colocó la compresa limpia. Envolvió la manchada en papel higiénico y luego en un papel de periódico que había guardado para ello. Salió de la cabina después de Valentine y tiró la compresa de paño al fondo de la basura. Se lavó las manos con jabón en polvo, se ajustó el vestido en las axilas, se alisó el pelo y se pintó de nuevo los labios. Cuando salió, la mayoría de las demás mujeres ya estaba en su puesto de trabajo. Se enfundó la bata deprisa y encendió la lámpara.

A media tarde, comenzaron a arderle los hombros. Tenía los dedos agarrotados y el culo plano entumecido. Las encargadas de línea recordaban a las mujeres que debían levantarse, estirarse y fijar la vista en la pared más alejada. A continuación, debían poner los ojos en blanco y volver a

enfocar la pared. Una vez relajada la vista, era el turno de las manos, doblando los dedos y masajeando suavemente los nudillos hinchados. Después, volvían al lento, sereno y repetitivo tajo. Los dolores regresaban de manera implacable. Pero ya casi era la hora del descanso, de quince minutos, que tomaban por turnos, fila tras fila, para que todas pudieran ir al baño. Algunas mujeres se dirigieron al comedor para fumar. Doris había preparado una jarra de preciado café. Patrice se bebió el suyo de pie, sujetando el platito. Cuando se sentó de nuevo, se encontraba mejor y entró en un trance de concentración. Mientras no le dolieran la espalda o los hombros, ese hipnótico estado mental podía hacerla aguantar una hora, incluso dos. A Patrice le recordaba a cómo se sentía cuando trabajaba con abalorios junto a su madre. El trabajo con abalorios las llevaba a un estado de serena concentración. Hablaban entre susurros, indolentes, mientras engarzaban y juntaban las perlas con las puntas de las agujas. En la fábrica, las mujeres también conversaban entre lánguidos murmullos.

—Por favor, señoras.

El señor Vold prohibía cualquier conversación. Aun así, charlaban entre ellas. Después, apenas recordaban lo que decían, pero se pasaban el día hablando unas con otras. Al caer la tarde, Joyce Asiginak se llevaba las nuevas bolas para su corte y el proceso continuaba una y otra vez.

Doris Lauder también las condujo de vuelta a casa. Y, esta vez, Valentine se volvió para incluir a Patrice en la conversación, lo que le vino muy bien porque necesitaba dejar de pensar en su padre. ¿Seguiría en casa? Los padres de Doris tenían una granja en la reserva. Habían comprado las tierras al banco en los años diez, cuando las tierras indias eran lo único que tenían para vender. Vender o morir. Por todas partes se anunciaban tierras a la venta a precio de ganga. Solo había unas pocas parcelas con buena tierra de cultivo en la reserva, y los Lauder poseían un silo plateado,

tan alto que se veía desde el pueblo. Primero dejó a Patrice, después de ofrecerse a llevarla por el maltrecho camino de acceso hasta su casa, pero Patrice le respondió que no, gracias. No quería que Doris viera la puerta destartada ni la cortina hecha con trastos. Y su padre habría oído el coche, habría salido dando tumbos y habría intentado hostigar a Doris para que le llevara al pueblo.

Patrice recorrió el camino de hierba a pie y se detuvo entre los árboles para comprobar la presencia de su padre. El cobertizo estaba abierto. Pasó por delante despacio y se encorvó para franquear la puerta de la casa. Consistía en un simple poste y un rectángulo de barro, algo basto, bajo e inclinado. Por alguna razón, su familia nunca había conseguido figurar en la lista tribal de la vivienda. La estufa estaba encendida y la madre de Patrice había puesto agua a hervir para el té. Además de sus padres, estaba Pokey, su enclenque hermanito. Vera, su hermana, había presentado una solicitud en la Oficina de Colocación y Reubicación y se había mudado a Mineápolis con su nuevo marido. Consiguieron dinero para instalarse en una vivienda, y formación para buscar un empleo. Muchos regresaban al cabo de un año. De otros no se volvía a saber nada nunca más.

La risa de Vera era sonora y alegre. Patrice echaba de menos su capacidad para cambiarlo todo, rompiendo la tensión del hogar y animando el ambiente sombrío. Vera se reía de todo, hasta del cubo de basura en el que hacían pis las noches de invierno, o de las regañinas que les echaba su madre por pisar las cosas de su hermano o su padre, o por intentar cocinar cuando tenían la regla. Incluso se reía de su padre, cuando llegaba a casa *shkwebii*. «Desvariando como un maldito gallo escaldado», decía Vera.

Ahora él se encontraba en casa y Vera no estaba para señalar sus pantalones caídos sin cinturón o su pelo desgredado. Vera no estaba para taparse la nariz y guiñarle un ojo. No había manera de engañarse con la despiadada vergüenza de su padre. O de ahuyentarlo. Y todo lo demás. El

suelo mugriento que se combaba debajo de una fina capa de linóleo. Patrice llevó una taza de té detrás de la manta que hacía de cortina hasta la cama en que se había criado con su hermana. Allí tenían una ventana, que era muy agradable en primavera y otoño, cuando disfrutaban contemplando el bosque, y resultaba terrible en invierno y verano, cuando se congelaban o enloquecían por culpa de las moscas y los mosquitos. Oía a su padre y a su madre. Él suplicaba con insistencia, pero aún seguía demasiado mareado como para volverse agresivo.

—Un penique de nada o dos. Un dólar, cielo, y me iré. Me marcharé de aquí. Te dejaré tranquila. Tendrás tiempo para ti sin mí tal y como me pediste. Me iré lejos. Nunca más volverás a verme.

Seguía con la misma cantinela una y otra vez, mientras Patrice se tomaba el té a pequeños sorbos y contemplaba las hojas que amarilleaban en el abedul. Cuando tomó el último sorbo, un poco azucarado, dejó la taza, se enfundó unos vaqueros y una camisa de cuadros y se calzó unos zapatos rotos. Se recogió el pelo y pasó al otro lado de la manta. Hizo caso omiso a su padre —vaya canillas, con las suelas de zapato despegadas—, y le enseñó a su madre la masa cruda del bote del almuerzo.

—Incluso así está buena —dijo su madre, frunciendo los labios en una sonrisa casi imperceptible.

Tomó la masa del bote y la extendió en la sartén con un movimiento suave. A veces las cosas que su madre hacía parecían trucos de magia, a base de repetirlas una y otra vez.

—Pixie, ay, Pixie, mi muñequita bonita.

Su padre soltó un sonoro plañido. Patrice salió de la casa y se dirigió hacia la pila de leña. Sacó el hacha del tocón y partió un leño. Después, estuvo partiendo pequeños leños del tamaño de la estufa durante un buen rato. Incluso cargó la leña y la amontonó junto a la puerta. Esa tarea le correspondía a Pokey, pero iba a clases de boxeo al salir